

## Punta carnero

punta  
carnero

Contempló, sin ninguna duda, el  
periplo de aquellos primeros, y osados, navegantes que pasaron  
del mar interior al océano ignoto, navegando de cabotaje  
por unas aguas que, según contaron después en sus  
cuadernos de bitácora, se hallaban repletas de sirenas, tritones y  
otros monstruos marinos.

En otros amaneceres más  
tardíos, las aguas bullentes de espuma avisaron a los  
hombres de la costa del tránsito de aquellos inacabables  
cardúmenes de atunes que, según la época  
del año, cruzaban de la mar al océano y  
viceversa, llenando las redes de los pescadores con dracmas y  
denarios de plata romana. Tantos eran los peces que  
algún escritor romano dijo que saciaban sus hambrientos  
buches con las bellotas que arrojaban al mar los alcornoques  
inmensos que orlaban las dos orillas del Estrecho.

Punta Carnero es incluso más  
antigua que el propio Hércules. Las huellas de su esfuerzo titánico  
aún permanecen grabadas en los estratos de piedra  
retorcida sobre los que la Tierra se levanta de las aguas y que sólo  
desde la mar pueden contemplarse, especialmente con la luz de  
las primeras horas de la mañana.

Los arrecifes que forman la Punta - entre  
los que destaca el perfil de El  
Narigudo --un rostro humano que  
mira eternamente el cielo cincelado a golpes de mar--  
contemplaron el paso de escuadras que trajeron a Europa  
ejércitos africanos que, además de los tambores  
de guerra y una nueva religión, llevaban en sus alforjas  
el arte de la música de Oriente y el secreto de la  
decoración con lacerías y atauriques y, mucho  
más tarde, el de escuadras europeas que cerraron el paso  
definitivamente a la media luna para imponer la cruz y el  
hisopo al norte de la frágil línea de mar que  
separa los mundos y los dioses.

Luego se levantaron torres que dieron la alarma ante el paso de escuadras berberiscas o inglesas, que tanto a unos como a otros se les temía por estas tierras más que a una vara verde, y cuando por fin los ingleses hicieron presa en Gibraltar, las tierras aledañas a Punta Carnero se poblaron con colonos que plantaron viñedos desde el arroyo del Lobo a la cañada del Peral y por las noches, cuando la primavera llenaba de oro los jérguenes y de lapislázuli los brezos del monte, las cortijadas se llenaban de aires de fiesta y alegrías campesinas.

Pero los acantilados de Punta Carnero saben también viejas historias de la guerra entre los hombres; de barcos hundidos por la metralla, de naufragos desesperados y ateridos alcanzando sus playas de roca viva en medio de la desesperación y el miedo.

Hoy constituye uno de los espacios privilegiados dentro del parque natural del Estrecho. Sobre sus aguas no es difícil contemplar la presencia de abundantes aves marinas durante las cuatro estaciones del año, y, en determinadas fechas, el avistamiento de aves migratorias constituye uno de los espectáculos más llamativo de la vida animal en el sur de Europa. Este punto, donde la bahía de Algeciras se abre a las aguas del Estrecho, es santuario de algunas especies marinas de tanta relevancia y en tanto peligro de extinción como pueda hallarse el propio lince. Es, por ejemplo, el caso de la patella ferruginea, un tipo de lapa que se merece todos nuestros respetos.

Sobre la tierra destaca desde el mar la enhiesta silueta del faro de Punta Carnero, un edificio antiguo que domina las aguas, y contribuye con sus haces de luz a dar seguridad a los navegantes, a los que desde 1874 les advierte de los peligros de la costa y les señala un puerto de refugio ante los malos vientos, las tormentas y los temporales.

Mario Ocaña

